

“Las minas del Perú, concubinas de los ambiciosos”. La crítica moralizadora de la conquista de América

Ceferino Caro López

Instituto Leonardo da Vinci, Madrid

La crítica moralizadora de la conquista de América, en la literatura del Siglo de Oro, se basaba en la tradicional condena de la codicia porque el Nuevo Mundo distraía las energías de los conquistadores de empresas más gloriosas. La crítica se fundamentaba en valores subjetivos y su objeto principal era el de denunciar las amenazas al orden social establecido desde el punto de vista de una mentalidad conservadora. El Nuevo Mundo era visto como alegoría moral de todos los desórdenes: la crítica revela la oposición a la incipiente mentalidad mercantil. El símbolo de esa depravación es la figura del indiano, el hombre enriquecido en América, codicioso, vicioso y cínico; en reacción a este tipo humano se proponía el modelo del buen salvaje, puro contrapunto del taimado arribista. La crítica moralizadora es, en este sentido, en Guevara y en Las Cortes de la Muerte, el choque frontal entre el mundo impoluto, pacífico y generoso, de los nativos, y la invasión de todos los vicios procedentes del Viejo Continente.

Hablando de la literatura de tema americano, habrá que entender por crítica moralizadora la que se realizaba en nombre de unas ideas éticas o valores morales en sí antes que por consideraciones de conveniencia o justificaciones políticas, en nombre de conceptos ideales propios de la esfera de acción de la conciencia antes que de intereses materiales concretos aunque está claro que aquéllos servían para justificar a éstos, y en ese sentido cabría preguntarse si la crítica moralista en la literatura del Siglo de Oro hubiera tenido el mismo peso y alcance de no haber existido la riqueza que venía del Nuevo Mundo. En los textos áureos tocantes al Nuevo Mundo muchas aventuras sólo eran un pretexto para poner en luz, y consiguientemente condenar, el afán de riqueza de los conquistadores porque según el parecer de los autores hacía que en nombre del oro se sacrificaran otros valores más elevados.

La postura en sí no era nueva, pues se cuenta con toda una tradición de lamentos de la codicia humana y de condena de la *auri sacra fames* que en la Edad Moderna española se reconoce desde Vives y sus obras moralizadoras hasta Cervantes durante todo el siglo XVI, pero la novedad que brindaba el descubrimiento de América era que ahora el guerrero podía

sentir la tentación de buscar riquezas en lugar de dedicarse a conquistar ciudades y reinos para su señor.¹

Durante el siglo XVI, por lo general, el polemista político emprendía su crítica partiendo de la idea humanista de la paz y la justicia universales, y el moralista en cambio se fundamentaba en los valores subjetivos —por muy ampliamente compartidos que estuvieran— de la sociedad. Como se puede ver en muchos textos, la nueva riqueza y las nuevas maneras de alcanzarla estaban haciendo temblar las relaciones sociales y los afectos tradicionales del buen tiempo pasado, aunque esta postura tampoco era nueva: en realidad, se trataba del rechazo de cualquier cambio social y se encuentra en muchos autores del Siglo de Oro porque en realidad es el trasunto de un tema de abolengo clásico, que ya era un tópico desde hacía mucho tiempo. Lo que ocurría, una vez más, es que la presencia de América daba nueva fuerza al viejo tópico. Por ejemplo, se encuentra este motivo en Góngora, en la *Soledad Primera*, tras el episodio de Tifis y Palinuro, cuando el autor hace una larga tirada contra la codicia, sujeto y causa de todos los descubrimientos. Para el poeta no se trataba de razones gloriosas, sino de intereses materiales, en la expansión de ultramar, escribiendo a contracorriente de las opiniones de su tiempo. Como ha hecho notar Jammes, Góngora, en relación con la política expansionista española, “afecta una indiferencia que frisa en la hostilidad [...] No es exacto hablar de oposición política (cosa impensable en la época), pero sí de un apoliticismo insolente que resalta en el concierto general del fervor patriótico en el que participan todos los otros poetas de la época”.² De hecho, otro poeta, su contemporáneo Salcedo Coronel, por ejemplo, lo censuraba por la estrechez de su visión sobre este punto. Cuando el poeta de Córdoba consideraba³ el

Campo ya de sepulcros, que sediento
Cuanto en vasos de abeto Nuevo Mundo,
Tributos, digo Américos, se bebe,
En túmulos de espuma paga breve

1 Cea, F.F.: *Los milagros de Nuestra Señora de la Fuencisla y el Donado Hablador*, Segovia, 1983, pág. 122; Caminero, J.: “El motivo del oro en la literatura española del siglo XVI”, *Literatura Hispánica, Reyes Católicos, Descubrimiento*, Barcelona, 1989, págs. 57 y sigs.; Morínigo, M.A.: *América en el teatro de Lope de Vega*, Buenos Aires, 1946, págs. 31-32; Maravall, J.A.: *Utopía y contrautopía en el “Quijote”*, Santiago de Compostela, 1976, pág. 39 y capítulo II; Río, A. del: *Moralistas castellanos*, Barcelona, 1962.

2 Jammes, R.: “Góngora y la poesía lírica”, *Historia de la literatura española*, vol. III, Barcelona, 1995, pág. 146.

3 Góngora, L. de: *Soledades (1613)*, edición J. Beverley, Madrid, 1980, vol. II, versos 403-406.

es evidente que para él la empresa no merecía la pena.⁴ Pero un crítico, Dámaso Alonso, lo disculpa porque “Góngora tal vez no se interesaba por el fondo de la cuestión, sino se dejaba llevar por un ejercicio retórico con evidentes modelos clásicos”.

Quevedo, como ha demostrado Campos y puesto en luz Hernández Sánchez-Barba,⁵ tenía también una visión crítica de la conquista modelada sobre principios típicos de la cultura clásica.

De clara tradición medieval es también la crítica de Lope en *El Peregrino en su Patria*, especialmente en las páginas 123-124, con la semejanza moral entre el viaje físico y el viaje metafísico de la existencia; entre el pirata —“Draque”— contemporáneo y el alma pecadora; entre el piloto práctico del estrecho —“Magallanes”— y la guía hacia los vicios y el pecado. No era por casualidad si el demonio se jactaba

Soy un piloto profundo
Magallanes del estrecho,
De los deleites del mundo,
y en las Indias del provecho,
un Draque, dragón profundo.

Para tentar al alma el demonio le proponía el viaje al Nuevo Mundo, es decir, la alegoría moral del mundo del placer opuesto al valle de lágrimas con el consiguiente y prácticamente seguro resultado desastroso para su eterna salvación.

Pero el sentido de la antigua moralidad no era el único puntal de la crítica a las riquezas, porque no se miraba solamente a sus efectos sino también a la manera como se conseguían. Si la posesión de bienes de fortuna podía trastornar el orden moral, las vías de enriquecimiento alteraban el orden social:

— Que vendió en Indias su padre
Carbón o hierro que agora
Se ha convertido en diamantes
[...]
Son muy bajos sus principios.
¡Mal hayan Indias y mares!⁶

4 Alonso, D.: “Góngora y América”, *Estudios y ensayos gongorinos*, Madrid, 1970 págs. 414-415.

5 Sánchez Barba, H.: *Historia y literatura en Hispanoamérica (1492-1820)*, Madrid, 1978, pág. 241; *La Hora de Todos y la Fortuna con Sesos (1630-1635?)*, edición L. López Grigera, Madrid, 1975, XXXVI. Sobre Quevedo, a propósito de este enfoque, véanse Abad, F.: “Quevedo y el pensamiento político en el Siglo de Oro”, *Letras de Deusto*, X, 1980; Kuusistu, S.: “El sueño del infierno según Quevedo: discurso de un infierno mercantil”, *La Chispa* ‘87, New Orleans, 1987.

6 Citado en Díez Borque, J.M.: *Sociología de la comedia española del siglo XVII*, Madrid, 1979, pág. 217.

Para la opinión de Lope el trastorno de los valores establecidos era de todo punto inaceptable. El carbón se volvía diamante y los mercaderes caballeros, que además imponían su visión del mundo, visión materialista y mezquina. Las críticas moralistas de la conquista demuestran así, por muy nebulosamente que sea, la conciencia del proceso de transición económica entre el viejo mundo feudal y la nueva mentalidad mercantil y burguesa que se estaba anunciando en España y que trabajosamente intentaba abrirse camino. En *Alonso mozo de muchos amos*, de Alcalá Yáñez, por ejemplo, Joly ha hecho notar que no se critican las actividades mercantiles en la medida en que se acepta el beneficio económico a condición de que sirva para practicar sinceramente la virtud cristiana y para dar gracias a Dios. Así se abre una puerta para aceptar las nuevas prácticas económicas, aunque, en cualquier caso, mediadas por el planteamiento ideológico tradicional.⁷

Muchas de las propuestas del Barroco, y sobre todo en Lope, estaban orientadas a reproponer los antiguos ideales de la tradición contra la modernidad de los tiempos. Intentando detener el curso de la dinámica histórica, Lope de Vega fue el auténtico Don Quijote.

Ya se ha hecho notar que en el siglo XVI Cristóbal de Castillejo y Gil Vicente achacaban al oro del Nuevo Mundo el trabajo de minar los valores del Viejo. Desde una fecha tan temprana como 1519 Gil Vicente, en su *Farsa da India* se reía del marido que pasaba al Nuevo Mundo descuidando a su mujer, dejándola expuesta a los peligros que amenazan la honra de las mujeres solas, y volvía más tarde con el rabo entre las piernas:

Juro vos que de saudade
tanto de fam, nam comía
O triste de mi cada dia
doente era huma piedade.
Ja carne nunca comí
esta camisa que trago
en vossa dita vestí
porque vinha bom mandado.⁸

En el siglo siguiente la misma crónica de desastre personal y conyugal se lee en la *Vida de Don Gregorio Guadaña*, de Enríquez Gómez, escrita por ese moralista en 1644. Es la aventura de la dama y el galán de

7 Joly, M.: "La novela picaresca", *Historia de la literatura española*, vol. III, Barcelona, 1995.

8 Gil Vicente: *Farsa chamada Auto da India (1519)*, Lisboa, 1562, folio CXC VII v.

Carmona, en la que el juez interrogaba a la mujer si estaba casada, y recibía esta respuesta:

Señor sí, respondió la dama - casada y malcasada, pues me dejó mi esposo por las minas del Pirú, concubinas de los ambiciosos.

Al describir la cámara de la cortesana, el autor ya había hecho notar el refinamiento de su decoración, en la que no faltaba el instrumento *ad hoc* para el delito:

la cama de damasco sobre un catre de las Indias

asociando de la manera más tópica la valoración del Nuevo Mundo con la consideración moral: las minas son “concubinas” por las que se abandona a las legítimas esposas, las Indias son la viva imagen de la sensualidad y del pecado.⁹

Para plasmar ese concepto ideológico bajo una forma concreta, fácilmente reconocible y asimilable por la sociedad, aparece en la obra moralizadora la figura del indiano, un personaje que se ha enriquecido en las Indias y es presentado bajo una luz sórdida y caricaturesca. El uso instrumental de este personaje es tan evidente que, como subrayaba Díez Borque, los autores lo infrautilizaron, presentándolo siempre en sus comedias bajo connotaciones negativas, mientras que hubiera podido ser de gran importancia en el desarrollo dramático de la acción al ser “rico y con ‘extrañas’ experiencias”,¹⁰ si los escritores hubieran querido enriquecer la nómina de sus tipos humanos, psicológicos y dramáticos. En cambio, en torno a la figura del indiano se construyó todo un burdo entramado de significaciones elementales de fácil comprensión por parte del público gracias a su esquematismo, pues se reducía el personaje a su dinero, invalidando cualquier otra característica individual, sacándolo de la vida real y transformándolo en un tipo tragicómico. En este sentido se comprende que la auténtica presencia de este personaje estuviera ensombrecida por una cierta mala fama sobre su codicia, sus vicios y el origen de su riqueza. De nuevo es elocuente, para hacer luz sobre el asunto, Enríquez Gómez en su *Siglo pitagórico*, con los consejos de la “tía” a la cortesana:

9 Enríquez Gómez, A.: *El siglo pitagórico y vida de Don Gregorio Guadaña (1644)*, edición T. Santos, Madrid, 1991, págs. 177, 175-176 y nota 6.

10 Díez Borque: *Sociología ...*, pág. 216.

Pide aunque te despidan,
que es muy justo que pidan
las damas de la corte a sus galanes;
¿los indianos? Son todos alemanes¹¹

Esto, según el comentario de la editora, significa que “los alemanes son, para los españoles de la época, los herejes por antonomasia, y los indianos lo son para este personaje por su proverbial tacañería”. El retrato en negativo del personaje desvela las tensiones sociales en España durante el Siglo de Oro, pues en realidad se está debatiendo —nueva demostración del carácter de metatexto literario—, desde posturas tradicionalistas, la oposición a la economía dineraria entendida como una de las pautas características del estado moderno.

El siglo XVII construyó una completa teoría sobre la catadura moral del indiano, a veces, como Lugo y Dávila en su *Escarmentar en cabeza ajena*, de 1626, apoyándose en la autoridad de Aristóteles para perfilar y justificar su psicología:

aunque las inclinaciones de viejo (como enseña el Filosofo) le hacían cudicioso, y avariento, no era menor causa destes efetos ser Indiano, que los tales tienen hecha naturaleza la miseria.

El personaje así definido, padre de la dama protagonista de la novela, se llamaba

el Capitán Alvarado, persona que avía adquirido su riqueza en un gobierno de Indias, atravesando mercaderías, y empleando situados, cosa que ya por introduzida y acostumbrada la hazen poco escrupulosa, que si bien lo confiessan por pecado, piensan que es como las colaciones, que dizen incurrieron en él los inventores, y a los demás quita el riesgo, y asegura la conciencia la costumbre.¹²

En pocas ocasiones es posible encontrar una caracterización moral tan negativa y tan radical con tan pocas palabras, pero todas bien pesadas: *atravesando* mercancías, *empleando situados*,* es como se había hecho rico el indiano, esto es, comerciando con productos y especulando con capitales.

11 Enríquez Gómez: *Siglo pitagórico ...*, pág. 103 y nota 24.

12 Lugo y Dávila, F. de: *Escarmentar en cabeza ajena*, Madrid, 1622, págs. 10 y 11. También es de ahí la cita siguiente.

* *Atravesar*, “pasar de una parte a otra”; *Emplear*, “gastar dinero en alguna cosa”, (Covarrubias: *Tesoro de la Lengua Castellana*, 1611). *Situado*, “se toma por salario, sueldo o renta que está señalado sobre algún efecto” (*Diccionario de Autoridades*).

Que la crítica tenga un planteamiento moralista lo demuestran las razones de la queja: el capitán se había hecho rico como tanta gente poco escrupulosa que se aprovechaba de un cargo en las Indias para sus tráfico, y como eso era práctica común, se sentía seguro en conciencia. En realidad Lugo demostraba su posición contraria a la actividad capitalista incipiente, como todos los pensadores que se volvían hacia el pasado para negar los nuevos tiempos. En la misma novela hay otra tirada que pone de relieve el rechazo para con el mundo de la economía dineraria, cuando se introduce a la dueña celestinesca, con la insistencia en los términos técnicos de la economía mercantil:

entendía su poquito de lucro cessante y daño emergente, y tenía su correspondencia con cierto Corredor de lonja, diestro en el arte de hazer que no se consuma una mercadería en ciento y cinquenta ventas, causa que la buena Hernández [que así se llamaba la alcahueta] fuesse algo aficionada al dinero, y granillo de la ganancia, si bien la disculpava una hija que tenía por remendar, digo remediar, que assí llaman al casarse.

Según Covarrubias, es el corredor “el que interviene en las compras y ventas”; los conceptos de lucro y daño son propios de los mercaderes, al igual que el móvil del interés y del dinero. Se hace la crítica moral de los dos personajes usando los términos típicos de una profesión o actividad económica que desde luego, por analogía, no salía muy bien parada. Para remate del concepto, el viejo apunte a lo que ciento cincuenta veces se había vendido y estaba siempre sin gastar, el eufemístico *casarse* de la hija de la Hernández, remediado o *remendado*. * Un retrato demoledor del indiano y su entorno.

Sobre las tablas al indiano se le negaba cualquier posibilidad de dignidad, no sólo por lo que se refería a los orígenes de su riqueza, sino también por su actitud, derivada de aquélla. Apenas regresaban a la Península, pensaban sólo en tomar estado, viejos y ruines que eran, pero con buenas dotes para comprar unas mujeres jóvenes y bellas. Eso es lo que le ocurrió al Cañizares cervantino, y lo que decían del indiano en *Por el Sótano y el Torno*:

* *Remendar*; “reforzar lo viejo y roto” según Covarrubias. Para disipar cualquier duda, he aquí *La Serrana de la Vera*. Cuando el capitán don García deshonra a Gila y le preguntan qué hará entonces la muchacha, contesta:

Lo que han hecho otras muchas: remendarse
y darse a un boquimuelle de su pueblo
por sana de los pies y de las manos (III, versos 2640-2643).

Vaya a casar a Madrid
con setenta años, dorados
de más de cien mil ducados.

A la viuda a prometido,
porque la tercera ha sido,
para la primera flota
(que es el novio perulero)
diez mil pesos ensayados.¹³

Desgraciadamente el color de los ducados podía sí dorar al viejo rico, pero no devolverle el vigor de su juventud, tanto es así que a la futura esposa se la llamaba viuda antes del matrimonio. Más allá de la presentación grotesca del personaje, habría que intentar comprender qué sentimientos de rebeldía o injusticia podía causar el hecho real de que gracias a sus riquezas estos individuos despreciados socialmente pudieran encontrar pareja de manera tan escandalosa, cuando el matrimonio era, para una gran parte de la población, asunto vedado por razones sociales o económicas. Eso era aún más clamoroso cuando el cinismo del indiano lo llevaba a revelar por completo su ser mezquino. Las *Ilusiones de quien va a las Indias ...* de Lobo, escritas en la primera mitad del siglo XVIII, giran en torno al tema del País de Jauja, y lo vuelven grotesco a causa de las desmesuradas expectativas de los aspirantes a indiano. El breve romance se cierra con una consideración cínica:

Y si salieran errantes
los prevenidos sucesos,
¿Hay más que honrar con mis huesos
la hija de un mercader,
y tomarla por mujer
con setecientos mil pesos?¹⁴

Es muy probable que buena parte de esta valoración negativa de la sociedad fuera el reflejo de la envidia para con quien había conseguido lo que muchos deseaban, pero también es cierto que la continua representación del tópico en las tablas y en los libros debía mantener vivo ese sentimiento, a la vez de rechazo social del personaje y de envidia de sus riquezas.

¹³ Tirso de Molina: *Por el sótano y el torno* (1623), edición M.P. Palomo, Barcelona, 1968, I, escena 3.

¹⁴ Lobo, E. G.: *Ilusiones de quienes van a las Indias a hacer fortuna* (s. XVIII), Biblioteca de Autores Españoles, 61, pág. 47.

zas. Por cierto que ambos sentimientos combinados hacían que pareciera lo más justificado del mundo intentar engañarlo:

Sea siempre tu hombre
el menos gentilhomme
como tenga dinero;
que sólo el que lo tiene es caballero.
Tenga miel del Perú, Quiteria hermosa,
la abeja que gustare de tu rosa.¹⁵

Aún en 1762, en una comedia de Cañizares, se podía hablar de los indios como lo hacía Zarambeque, el gracioso de la obra. Cuando Doña Juana pedía protección a Cortés, y éste se enamoraba de ella, exclamaba el gracioso:

El [Cortés] no va en sí.
O Española, hasta cuando
Haveis de ser la langosta
De los bolsillos Indianos.¹⁶

Así que el indiano era bueno sólo para que le robaran o estafaran su hacienda. Algo parecido es lo que ocurre en *La Entretenida* de Cervantes, donde se da el paradigma del personaje. Es Torrente quien se dirige a la bella Cristina:

¿Que es posible que un potente
indiano no te remate
ni que a tu dureza mate
la blancura de Torrente?
¿Que es posible que no precies
los montones de oro fino,
y por un lacayo indino
un perulero desprecies?
¿Que no quieras ser llevada
en hombros como un cacique?
¿Que huyas de verte a pique
de ser reina coronada?
¿Que por las faltas de España
que siempre suelen sobrar,
no quieras ir a gozar
del gran país de Cucaña?¹⁷

15 Enríquez Gómez: *Siglo pitagórico ...*, vol. III, pág. 104.

16 Para el tema del indiano, véase el buen libro de Urriaga, A.: *El indiano en la dramática de Tirso de Molina*, Madrid, 1965; Cañizares, J. de: *El pleito de Hernán Cortés con Pánfilo de Narváez (1762)*, Madrid, 1762, pág. 7. Sobre el mismo asunto en el siglo XVIII, D. Ripodas Ardanaz: *El indiano en el teatro menor español del Setecientos*, Biblioteca de Autores Españoles, 294, Madrid, 1986.

17 Cervantes, M. de: *La Entretenida*, en *Teatro Completo*, edición Sevilla Arroyo-Rey Aza, Barcelona, 1987, vol. II, versos 1675-1690.

El indiano se maravillaba de que una muchacha se le resistiera a pesar de sus riquezas. Pero, repárese, él es el único que habla abiertamente de sus sustancias, jactándose de ellas, mientras que la sociedad contemporánea hacía exactamente lo contrario: las despreciaba. El indiano era un hortera porque exhibía su riqueza, contra toda regla de buen gusto y discreción, pero la crítica moralista no se desarrollaba por razones de *savoir vivre* sino por consideraciones concretas de ideología clasista. El valor ideológico de esta concepción vital es aún más evidente cuando los autores ponen en la boca de sus personajes la afirmaciones que reflejaban lo que debían opinar los espectadores. Es el caso de Hernán Pérez, el indiano de la comedia de Hurtado de Mendoza *Cada loco con su tema*, quien decía:

Tengo tesoro de rico
mas no descanso de pobre.
Quisiera ser rico honrado
[...]
No quiero de Indiano el nombre
que su riqueza mezquina
es hacienda en la picina,
que le viene a faltar nombre.¹⁸

Otros son desenvueltos no sólo al adquirir su fortuna, sino también, rasgo más desagradable, al reconocer abiertamente cómo lo hicieron. El indiano de *De cosario a cosario*, de Lope de Vega, ido a América con poca sustancia, había conseguido casarse con una rica heredera gracias a su aspecto agraciado. Una vez de regreso a España cuenta que su mujer murió de parto y le dejó una criatura

que vivió, después de muerta,
las horas que me bastaron
para no perder mi herencia.
Pártome a España, gozoso,
Fernando, trayendo a ella
un casamiento de plata,
mucho peso y poca pena
(si así son los casamientos
no sé qual hombre se queja),
pues, después de enviudar presto,
quedé con famosa hacienda¹⁹

18 Hurtado de Mendoza, A.: *Cada loco con su tema*, Madrid, 1728, pág. 722.

19 Lope de Vega: *De cosario a cosario (1618-1623)*, edición J.I. Ferreras, Madrid, 1992, págs. 113-114.

Puestas en boca del mismo personaje, esas palabras no podían dejar de reflejar el cinismo del tipo humano, y esa caracterización servía para expresar la opinión que los autores tenían del indiano. Los ejemplos que se han visto hasta ahora han ilustrado perfectamente el sentido de desprecio, burla, irrisión, pero en el caso del *Soneto* de Colodrerros el odio se vuelve crueldad inmisericorde. La muerte del indiano que el poeta celebra parece ser un beneficio para la humanidad:

Quando te viste de tu patria ausente,
Codicioso de bienes, en ti males,
Rumbos del sol seguiste Occidentales;
Que humanos, todo es ir hazia Poniente.

Con ansia de dinero behemente
Te fiaste del mar a los christales,
Te expusiste a sus golpes criminales,
Para ser infeliz infamemente.

Si te supieras gobernar, Silbano,
Gozaras de la plata con la vida,
Y agora todo junto en ti se ahoga.

Escapado de todo el Oceano,
En el puerto te vemos propiciada,
Ójala hiziera el mar, lo que la sogá.²⁰

Porque lo que los escritores del Siglo de Oro dejan muy claro es que la riqueza en sí no es mala pero sí lo es según se haya conseguido, como expresa abiertamente Tirso de Molina en su comedia *Amazonas de las Indias*. Es una lección de hidalguía la que García de Alvarado daba a Almagro cuando le decía:

Advierte que no Nobleza
buscaron aquí, sino oro,
y que la que te dexó
tu padre el Adelantado,
en el Perú la ha medrado.

20 Colodrerros de Villalobos, M.: *Soneto*, en *Divinos versos, o cármes sagrados*, Zaragoza, 1656, folio 51.

Sospecho que la última línea podría tener significado injurioso bastante evidente y profundo, porque Alvarado, a todas luces anonadado por lo que acababa de oír, preguntaba:

¿Luego no en España?

Es decir, que se le había venido abajo, tras la revelación del origen de su hacienda y su nobleza, su horizonte moral referencial. Es algo parecido al secreto de la profesión de la Señora Warren lo que se ha revelado sobre la escena, mientras Alvarado, sin piedad, remata contestando a la pregunta

no,
que España ignora quién es²¹

Por lo tanto, orígenes doblemente infames, aunque no es fácil establecer el grado de importancia de las acusaciones, si primero es por no haber sido nadie en España o por haber pasado a América en busca de oro con el que comprar la nobleza. Para un espectador del siglo XVII probablemente los dos datos eran causa y efecto el uno del otro.

Para los escritores, a partir del descubrimiento, era fácil moralizar sobre la codicia o la avaricia de los que se habían marchado arrojando graves peligros en busca de los tesoros y riquezas que no habían sabido conseguir en su patria. En las *Cortes de la Muerte* el diagnóstico de los sufrimientos de los indios tenía causas morales, por la codicia de los blancos conquistadores:

¡Oh India, que diste puertas
a los míseros mortales
para males y reyertas!
¡Indias, que tienes abiertas
las gargantas infernales!
¡India, abismo de pecados!
¡India, rica de maldades!
¡India, de desventurados!
¡India, que con tus ducados
entraron las torpedades!²²

21 Tirso de Molina: *Amazonas en las Indias*, en *Hazañas de los Pizarro*, edición J. Cañas Murillo, Mérida, 1993, I, versos 838-840.

22 Carvajal-Hurtado: *Cortes de la Muerte (Toledo 1557)*, Biblioteca de Autores Españoles, 35, edición J. Sancha, Madrid, 1855, XIX, pág. 33.

Las Indias no tenían la culpa de ser ricas, pero esas riquezas habían despertado los peores sentimientos entre los conquistadores. No se podía dar la culpa al Nuevo Mundo de ser su propio verdugo, pero sólo cabía compadecerlo ante los vicios humanos que desataba. En este sentido, el pensamiento de Carvajal y Hurtado parece ser fatalista al enfrentarse con la maldad del hombre y reflejar probablemente el augurio apocalíptico de Guevara.

Este hilo político-moral se desarrolló hasta el siglo siguiente y se encuentra con toda su plenitud en la obra de Quevedo, quien en varias ocasiones criticó el desinterés de la corona para con sus posesiones de Ultramar, pero significativamente no lo hacía como si las Indias fueran un campo privilegiado para la acción del gobierno, sino que requerían las mismas medidas que las que se tomaban en política europea, en Valtelina, con la Liga, contra el turco... En este caso se trataba del uso instrumental de América para llamar la atención sobre la política global de Felipe IV. La posición de Quevedo en este campo era, como en otras ocasiones, muy particular. En los *Sueños*, de 1627, rebajaba bastante el alcance de lo que era la “valentía” de los conquistadores, reduciéndola a la mera codicia:

[...] y el que sale a conquistar los que están en sus casas, a veces lo hace de miedo de que otro no le acometa, y los que no llevan este intento van vencidos de la codicia —¡Ved qué valientes!— a robar oro y a inquietar los pueblos apartados, en quien Dios puso como defensa a nuestra ambición mares enmedio y montañas ásperas.²³

Con estos conceptos atacaba directamente la vanagloria de los conquistadores y la justificación de la superioridad moral de los vencedores, a causa de la bajeza de sus impulsos. Esta visión tan negativa de la conquista se parece a la de Santos en que unían en el mismo razonamiento consideraciones morales y moralizadoras con puntos de vista de política y de gobierno. Los españoles habrían destruido un mundo nativo de paz sustituyéndolo por otro de opresión para con los indígenas. En *El No Importa de España*, y en episodios semejantes en el *Villano del Danubio* y las *Cortes de la Muerte*, los indios en primera persona hacían el balance de la situación americana. Uno de estos indígenas llegaba a España a pedir justicia, y formulaba una requisitoria contra el gobierno de los conquistadores:

23 Citado por Pedro, V. de: *América en las letras españolas del Siglo de Oro*, Buenos Aires, 1954, pág. 176. Véase también el capítulo dedicado a Chile en *La Hora de Todos ...*, citada en págs. 178 y sigs.; Abellan, J.L.: *Historia crítica del pensamiento español*, vol. III, Madrid, 1981, pág. 51.

[...] digo que nunca huvieran
ido a descubrir mis Indias [...]
pido justicia, y que se vuelva
el mundo como se estaba; que me
den mi plata y mi oro, perlas
y piedras, ungüentos aromáticos
y especias, y carguen con el fierro
que a mis puertos han pasado.

Lo que Santos exigía²⁴ era una corrección total de la política y de la historia: “que se vuelva el mundo como estaba” eran las palabras que mejor que ningún manifiesto revelaban la conciencia de la pérdida definitiva del paraíso. Pero el utópico indio exigía también la devolución de todo aquello que los españoles habían robado a sus tierras, proponiéndose como representante de un mundo ultrajado. Es la misma idea de dignidad herida que se desvela en el episodio del *Villano del Danubio* guevariano, y la nobleza de esta figura destaca más en cuanto que se colocaba junto a las imprecaciones de los contemporáneos contra la baja de los instintos de los conquistadores,

miseros navegantes, codiciosos
del oro de las Indias, conquistadas
de aquel Colón de Génova, solícito,
que trajo a España esta estas manzanas de oro:
¡qué caro habrán pagado su tesoro!²⁵

Sobre estas consideraciones de degradación moral se construyó, justificadamente, el mito de lo contrario, del buen salvaje, del puro en el ambiente arribista, en que “la escalada se ofrecía accesible para el que, sobre la explotación colonialista, se hiciera con la riqueza”, una riqueza, como decía Argensola, de la que había que huir como si fuera un maleficio. Este escritor, exhortando a un padre para que educara correctamente a su hijo, le aconsejaba que no admitiera que en su casa entrara ni paje disoluto

[...] *ni que allí suene
canción de las que el vulgo vil frecuente;
canción que de Indias con el oro viene,
como él, a efeminarnos y a perdernos [...]*

24 Santos, F.: *El No Importa de España* (1667), edición J. Rodríguez Puértolas, Londres, 1973, págs. LXI-LX.

25 Lope de Vega: *Los Novios de Hornachuelos*, citado en De Pedro: *América ...*, pág. 93. Este motivo también está en Guevara, citado por Rallo, A.: *Antonio de Guevara en su contexto renacentista*, Madrid, 1979, pág. 134.

por el mal ejemplo moral, sobre todo. Lo decía también Tirso de Molina:

Razón el que afirma tiene
que cuanto de Indias nos viene
es bueno, si no es los hombres.²⁶

A causa de su particular planteamiento, White Navarro ha visto en esta crítica moralista la América en cuanto encarnación del Mal,²⁷ pero pierde de vista el hecho de que la negatividad del Nuevo Mundo sólo la enfatizaban los autores cuando querían llevar a cabo su crítica de la sociedad peninsular. Otra vez en Tirso, el indiano —que es tal evidentemente en España, no en Méjico— dolorosamente asombrado de lo que encontraba en la madre patria, exclamaba:

Agudo, ¿aquesta es España?
¿Castilla y su corte es esta
tan celebrada en las Indias
en el término y llaneza?
Los que de España pasaban
nos decían en mi tierra
que los dobleces y engaños
eran naturales della:
bien lo experimento en mí,
pues en Madrid entro apenas,
cuando confunden mi dicha
los laberintos de Creta.
No hallo nobleza sencilla,
amistad que permanezca,
caballos de troya son
cuantos la corte sustenta.²⁸

Es decir, que la crítica moralista realizaba un giro en sus objetivos, y volvía a poner en luz los males morales de la península. La degeneración que se creía ver en el Nuevo Mundo estaba en España. Los españoles tachaban de falsos a los americanos, pero éstos los veían iguales o peores que ellos. ¿La causa? Evidentemente, la codicia y el afán de lucro domi-

26 Rallo: *Antonio de Guevara ...*, pág. 138; De Pedro: *América ...*, págs. 151-152; Tirso de Molina: *La Villana de Vallecas (1618)*, edición M.P. Palomo, Barcelona, 1968, III, XI.

27 White Navarro, M.G.: *The imaginary space of America in the Golden Age drama*, Ann Arbor, 1989.

28 Tirso de Molina: *La Villana...*, vol. II, 14. También es importante la construcción teórica de Rosas de Oquendo, M.: *Sátira á las cosas que pasan en el Pirú año de 1598*, edición A. Paz y Meliá: *Bulletin Hispanique*, 1906-1907.

nantes. Si durante mucho tiempo en la escena había aparecido, para ser objeto de burlas y engaños, el indiano, casi a modo de válvula de escape de las frustraciones del pueblo que llenaba los corrales, ahora Tirso daba el giro al enfoque de las partes y el indiano se convertía en la víctima de un español sin escrúpulos: era justo que le pareciera que la auténtica corrupción estaba en la península y no en Méjico, como corría fama. De todas formas, el alcance de las críticas se limitaba a la dimensión moralista, porque las acciones de unos y otros, aquí o allende el mar, estaban impulsadas exclusivamente por el afán de lucro.

Pero aunque Tirso de Molina no planteara en el fondo análisis distintos de los tradicionales, es uno de los pocos autores que han reconocido que las fatigas ocasionadas y sufridas en América no recaían sólo sobre los indios y que sus causas podían referirse también a sus compatriotas. Es lo que ocurría en *Amazonas en las Indias*, en la segunda jornada (páginas 16-20), en ocasión de una magnífica tirada de Carvajal al narrar las aventuras y desventuras de su grupo de españoles. La fuerza de la descripción, los detalles, la sinceridad del acento del relator, la plasticidad de los paisajes, hacen sentir la verdad y la dureza de esas terribles experiencias hábilmente introducidas para que el espectador simpatizara con los sufrimientos del conquistador y estuviera dispuesto a compartir su punto de vista. Carvajal venía a decir que sus miserias habían sido causadas por el gusto degenerado de quienes, en la patria, buscaban la canela y otras especias sin pensar en los trabajos que costaba conseguirlas. En el fondo del discurso está la amargura del descubridor que se siente víctima del sistema social basado en el lujo y en el consumo de productos exóticos de prestigio, y se lamenta de la insensibilidad de quienes se aprovechaban de sus trabajos. Pero esta postura, profundamente humana, y que podría haber dado lugar a una amarga reflexión sobre el orden político-social, es excepcional en la literatura y el mismo Tirso sólo la refleja de pasada. Nos hallamos ante una remoción voluntaria de un punto de vista que podría haber cuestionado las bases de la sociedad, y por eso los escritores —sobre todo los moralistas— prefirieron ignorarlo.

Volviendo a White Navarro, esa autora no considera una importante diferencia, a saber que para los moralistas América era negativa porque corrompía con sus dones las sanas y santas tradicionales costumbres de los españoles, mientras que para los escritores políticos la maldad radical se encontraba en los conquistadores que habrían contaminado para siempre un mundo en su origen bueno e ingenuo.

En conclusión, la valoración negativa del impacto de las riquezas americanas y de sus consecuencias sobre la economía y la sociedad españolas serían el tema recurrente en el pensamiento político del siglo XVII, cuando para muchos, por no decir casi todos los arbitristas, la despoblación y la consiguiente miseria peninsulares eran el efecto de la emigración a las Indias, y las crisis monetarias y la inflación se debían exclusivamente a la llegada de los metales preciosos del Nuevo Mundo. Pero en la literatura de ficción la crítica tenía un carácter moralista porque para los autores los horizontes abiertos por los nuevos descubrimientos no tocaban la economía política sino las tradiciones. La decadencia nacional era antes que otra cosa una decadencia de las costumbres, provocada por la facilidad de enriquecerse, la escalada social, la ostentación del lujo, el abandono de las actividades tradicionales. De Pedro ya hizo notar estos aspectos desde el tono neutro, casi de crónica, de Navagero, hasta la posición, mucho más definida, de Saavedra Fajardo. Entre ambos, más de un siglo en el que sonaron sobre todo dos poderosas voces: las de Guevara y Carvajal y Hurtado. El primero es un moralista; sobre todo en su *Relox de Príncipes* pensaba dar lecciones de moral política. Redondo ha puesto en luz el mecanismo guevariano de derivación de la Edad de Oro, tan cara al escritor, de los datos bíblicos y de la tradición pagana. Esos dos veneros se juntan para formar el mito del tiempo en que los hombres conservaban aún su virtud natural y vivían en paz y armonía; el moralismo conservador de Guevara lo llevaría a imputar la pérdida de ese estado de dicha al desarrollo del espíritu humano y del saber, al nacimiento de la propiedad, de la dominación y de la tiranía. Con esos fundamentos, no deberá extrañar si en Guevara, como en otros moralistas del Renacimiento, la utopía era sobre todo una fuga en el tiempo y en el espacio, para intentar restablecer un ideal político y social que se estaba viniendo abajo.

Para Guevara, “la novedad y el progreso conllevan, por tanto, un aspecto negativo”. La reflexión sobre el estado insatisfactorio de la actualidad en relación con el tiempo pasado, indicaba que la culpa no era de éste, sino de “la introducción de cosas ajenas a una evolución normal de la sociedad histórica”.²⁹ La novedad tan temida por Guevara era un trastorno total en la mentalidad del hombre de su época. Del mundo cerrado tradicional se había pasado a un universo abierto rico en novedades; no hay de que asom-

29 Redondo, A.: *Antonio de Guevara (1480-1575) et l'Espagne de son temps: de la carrière officielle aux oeuvres politico-morales*, Génève, 1976, págs. 580-581, 662. La cita siguiente, de Rallo: *Antonio de Guevara ...*, págs. 66-67.

brarse si las consecuencias eran el hundimiento de las viejas normas morales. Así se entiende el desasosiego de un humanista, que intentaba imponer los ideales erasmistas en un ámbito ya de por sí problemático como podía serlo el de Europa en la primera mitad del siglo XVI, y que debía hacer cuentas con una realidad absolutamente nueva y además imprevista de todo punto. No cabe asombrarse entonces si la vía seguida para intentar comprender lo nuevo consistió en reducir los problemas a los contenidos y a las formas del mundo clásico. Eso es lo que ocurrió en el episodio del *Villano del Danubio* y en la literatura que de ese texto tomaba inspiración.